



Ramón López Velarde

Sonámbula

Pasas por la vida, serenamente, escudada en tu sueño...

Porque tu sueño es alto y te acoges a él como a la sombra de una mano protectora que desde el plácido firmamento se abriese sobre ti, con la solicitud con que los cálices de los floripondios se abren sobre las mariposas sedientas de miel.

Tu sueño, amiga, sonríe con la gracia pura con que en los lienzos de los pintores platónicos abren sus labios las doncellas idealizadas por la nobleza de un pincel que supo de amor.

Te envuelves en tu sueño como en un manto inconsútil cuyo poder de magia y de belleza obliga a los nardos, a las menudas margaritas y hasta a los profanos claveles a inclinarse ceremoniosamente cuando marchas entre ellos, con más rendido homenaje que el que tributaban al paso de Flora, los rosales del país de Arcadia.

Cuando en la noche bañada en fulgor lunar, cantan los pájaros de los corredores de tu casa en la fiesta de una sonora vigilia, vas contemplándolos de jaula en jaula, y en la unción parsimoniosa de tu sueño cruzas las manos sobre el pecho y, al acercarte a la madreSelva, esparce la delicia más intensa de su perfume.

El optimismo del sueño con que sueñas enciende en tus pupilas un destello de dicha íntima, y a tus condiscípulas de la infancia que con los años se han vuelto tristes, las llamas a una saludable alegría y les anuncias un futuro halagüeño, con alboradas de diafanidad, con mediodías acariciadores y con atardeceres de poema bucólico; y si hubieses leído a Teócrito (lectura que, por cierto, no te hace falta), repetirías su hermosa sentencia a tus compañeras de la niñez: «Las Horas, que los dioses han hecho tardías, ríndense al fin a nuestros deseos, y siempre traen a los mortales algún don consolador».

Y así vas, sonámbula que camina por senderos en que florece el prodigio, atravesando la tierra con el andar indescrptible de un fantasma.

Ojos de sonámbula, entrecerrados como si mirasen un gentil paisaje interior: en vano fluiría en honor vuestro el romanticismo de los madrigales, porque sólo pertenecéis a un sueño de otras vidas. Mano fina, que evocas los dedos frágiles de las infantas: no ha de

esplender en ti el oro del anillo nupcial, porque tu dueña se desposó, en una tarde de graves meditaciones, con una visión de ultratumba. Cabeza esbelta, nido de generosos y sutiles pensamientos: nunca descansarán sobre tus oscuras madejas los botones de azahar, porque en una hora de primavera escuchaste la voz de una estrella remota y te abatiste bajo la fragancia de abril. Rostro en que se refleja la luz de los inextinguibles astros: no concurrirás a los regocijos del mundo, porque sólo vives para decorar el espectáculo de un ensueño extra-humano.

¿Qué miran, alma adentro, tus pupilas dormidas? Miran la perspectiva de paraísos cuyos frutos superan los fabulosos del jardín de las Hespérides; las damas de vestidos blancos, como armiño, que desfilan en las narraciones de los cuentos legendarios; los paladines sin miedo y sin tacha de las crónicas vetustas; castillos aéreos, cisnes y palomas dramáticos, panoramas de encanto, idilios patéticos... Todo lo existente engrandecido, dignificado, purificado.

Y de esta contemplación extática en que te gozas cotidianamente, ha salido tu bondad como de un crisol. Bondadosa y tierna exhala siempre de tu boca un acento caritativo para la queja de la anciana, para el llanto del niño huérfano, para el dolor del enfermo y para el lamento de los pordioseros. Por eso van contigo, formando séquito, las gratitudes lugareñas; y cuando paseas por las márgenes del río, las lavanderas te saludan con patriarcales cumplimientos en los que suena el nombre de Dios; y cuando te asomas a las rejas de madera, escuchas las bendiciones de los menesterosos a quienes das pan; y para ti suenan los trinos de las aves errantes que hallan sustento en tus graneros, y los toques de la esquila que se compró con tu riqueza, y los acordes de la orquesta aldeana que se sostiene con la contribución de tu entusiasmo bélico.

Y vas por la vida irguiendo la frente y cruzando sobre el foco de piedad de tu pecho las blancas manos; como una sonámbula que recorre la vía florecida y aromática de un poema ideal.

La Nación, «Vidrios de colores», México, 25 de octubre de 1912

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

